

de ella Gabriel de Espinosa, habiendo sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La *Bella Genovesa* habia aportado al puerto de Marsella, y desde allí, Gabriel de Espinosa se habia trasladado á Paris, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habian tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Perez, que como secretario que habia sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podia prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenia la posesion un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podia, evitaba cuanto podia las guerras, cuando no las tenia, y cuando las tenia escusaba toda complicacion que pudiera dilatar el dia de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, sino era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad, que no pudo buenamente escusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política, que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ánsia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un

compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le habia venido encima.

XVII.

En la familia de Gabriel de Espinosa habian acontecido cosas harto graves durante su permanencia en Paris.

La reaccion que se habia operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, habia desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se habia creído amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la habia amado nunca; lo que era peor aún, que no podia amarla.

Gabriel de Espinosa era un sér impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresion, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la habia producido.

Aún no habia terminado la navegacion, y ya Gabriel de Espinosa habia recaído en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situacion de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veia que separada de él y vuelta á unir por una impresion pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unian; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse tambien;

empezaba á comprender que era una locura amar con la más sublime de las abnegaciones á un hombre que no comprendia ni agradecia aquel intenso amor.

Pero como no queda vacío en el alma el lugar que ha llenado una pasión sin que la pasión contraria llene aquel vacío, empezó á nacer y á desarrollarse en el alma de Sayda Mirian esa pasión terrible y excepcional que nosotros nos atrevemos á llamar odio de amor.

Sayda Mirian empezó á convertirse para Gabriel de Espinosa en el obstáculo más grave de sus proyectos; en la fatalidad viviente que habia de decidir su destino, que habia de llevarle á su último y terrible suceso.

Desde el momento en que el amor despechado de Sayda Mirian le hizo contraer la resolución terrible de que Gabriel de Espinosa no perteneciese á nadie ni á nada que no fuese ella, trocó la lucha tenaz de su amor por la sumisión y la tranquilidad intencionada de quien para estar más en posición de obrar se plega al carácter, á la voluntad caprichosa, á las excentricidades de la persona de quien se ha apoderado.

Gabriel de Espinosa respiró; se vió libre de las amantes quejas, de los celos, del disgusto, que se hacen tan insoportables cuando provienen de una mujer á quien no se ama, y con la cual se vive.

Sayda Mirian se hizo fácil, afable, dulce, se manifestó contenta, y Gabriel de Espinosa la trató mejor, por lo mismo que Sayda Mirian se le hacia ligera; se confió y tuvo para ella un amor de hermano, que no podia satisfacer las necesidades del alma apasionada de Mirian.

XVIII.

Y Mirian sufría y lloraba; pero lloraba á solas, y delante de Gabriel de Espinosa y Aben-Shariar, ocultaba el sentimiento corrosivo de su alma, bajo su exterior tranquilo y alegre, y engañaba á los dos; y Aben-Shariar, al ver tranquila y feliz en la apariencia á Sayda Mirian, habia vuelto á conceder su ardiente amistad á Gabriel de Espinosa.

XIX.

No podia entrar en peores condiciones en España Gabriel de Espinosa; tenia á su lado el peligro, sin conocerle, en Sayda Mirian.

Y no era esto solo; entraba en España sin recursos; porque ya sabemos que las inmensas riquezas de Sayda Mirian se habian agotado, y Aben-Shariar no podia disponer de nada, más que del valor de la *Bella Genovesa*, porque sus servicios á Gabriel de Espinosa habian traído para él consecuencias funestísimas.

XX.

Todo el mundo sabe que los reyes africanos son los que pueden propiamente llamarse reyes absolutos, y que un africano no es otra cosa que un esclavo del rey, que dispone á su arbitrio de su vida y de su fortuna.

Los reyes africanos están siempre ansiosos de tener

la más leve ocasion para despojar á sus súbditos, disculpando el despojo con un leve asomo de justicia.

Manuel Karuk no habia visto, sin rábia, acometida su galera por la *Leona*, en provecho de una galera de la República.

No habia sabido tampoco sin sentir una rabiosa sed de venganza, que habia ocultado, porque las circunstancias le obligaban á ello, la desastrosa muerte de José Kaivar, ni habia podido olvidar que el hombre por quien tanto hacia Aben-Shariar, por quien tantos peligros y tantos sacrificios habia arrostrado, que Gabriel de Espinosa habia tenido una gran influencia en la muerte de su hermana Elena Karuk.

Así es, que tres dias despues de haber sido conducido á Corfú por la *Leona*, y cuando esta se habia hecho á la vela para Túnez, Manel Karuk fletó una almadía, se fué en ella á Túnez, desembarcó, y se presentó al bey, y le reveló todo cuanto habia hecho Aben-Shariar.

XXI.

No necesitaba el bey de Túnez tanto para tener un pretexto de apoderarse de todo lo que pertenecia al emir Aben-Shariar.

Su alteza el bey de Túnez estaba fieramente indignado; no le bastaba haberse apoderado de los bienes, de las naves, de los tesoros, de la esposa, de los hijos, de la familia, de todo cuanto era de Aben-Shariar, sino que rugia como un tigre hambriento porque no podia apoderarse de la cabeza del emir, para que sirviese de escar-

miento á los traidores, clavada en lo más alto del alminar de la gran mezquita.

Los crímenes de Aben-Shariar eran en efecto terribles para el bey.

Aben-Shariar habia protegido abiertamente á un rey cristiano; habia llevado el traje y habia vivido en las costumbres de los cristianos; habia servido á Venecia, la eterna enemiga de los piratas de la costa occidental de Africa sobre el Mediterráneo, hasta el punto de formar parte del Consejo de los Diez de aquella aborrecida República, y por último, habia ayudado á una galera de Venecia contra un corsario.

Su alteza, pues, declaró traidor á Aben-Shariar, se apoderó de su hacienda, y vendió como esclavos á su familia.

XXII.

Cuando Aben-Shariar supo esto, volvió los ojos al cielo desesperado.

No podia acontecerle otra cosa ni peor ni más terrible.

Su pobre familia esclava le hizo llorar llanto de fuego, y vendió lo único que le quedaba: la *Bella Genovesa* con su rico cargamento de mercancías venecianas.

Y como á su alteza el bey le importaba mucho más el dinero que la desesperacion del emir, la esposa de Aben-Shariar, la hermana de madre de Sayda Mirian, Fatimatu 'l-Noemi y sus cuatro hijos, fueron entregados á la República de Venecia que anduvo en el trato, y

Aben-Shariar tuvo al fin el consuelo de saber que si todo lo habia perdido, su esposa y sus hijos no eran esclavos, y estaban en tierra de cristianos bajo el generoso amparo de Venecia.

Y el puesto de Aben-Shariar en el Consejo de los Diez no se habia ocupado aún, porque aún no habia sido juzgado monseñor Pietro Mastta.

El Consejo de los Diez nada tenia ya que temer de su miembro ausente.

Aben-Shariar, que lo veia perdido todo, se veia obligado á servir lealmente á la República.

Por lo tanto, monseñor Pietro Mastta recibió en París un decreto del Consejo de los Diez, por el cual se le absolvía de todos los cargos que contra él se habian hecho, se le confirmaba en su alta dignidad de miembro del Consejo, y se le mandaba acompañar de incógnito en toda su empresa al rey don Sebastian (que por tal tenia el Consejo de los Diez á Gabriel de Espinosa), y tener al corriente de todo lo que aconteciese al Consejo.

XXIII.

De modo que entraba en España con Gabriel de Espinosa, desconocido, envuelto en el más profundo misterio, un pedazo, por decirlo así, de la recelosa y sagaz República de Venecia.

Pero en cambio, Gabriel de Espinosa acometia sin dinero una empresa de gigante, puesto que no poseia más que la exígua cantidad que al salir de París habia recibido de orden del económico Enrique IV.

XXIV.

Sobre Gabriel de Espinosa caian terribles y condenadas las consecuencias de su insensata y aventurera conducta. Su imprudencia le habia cerrado todos los caminos, le habia privado de todos los recursos, y sin embargo, siempre audaz, siempre valiente, marchaba sin vacilar con el corazon sano y la cabeza llena de sueños, su camino de perdicion.